

DOMINGO XXIV ORDINARIO “C”

«Perdónanos... como perdonamos»

Ex 32,7-11.13-14:

Sal 50, 3 – 19

1 Tm 1,12-17:

Lc 15, 1-32:

El Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado.

Me pondré en camino adonde está mi padre.

Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.

Habrà alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta.

I. LA PALABRA DE DIOS

En el **Antiguo Testamento**, la misericordia de Dios, que da una nueva oportunidad a los pecadores, se designa con el término tan humano de *arrepentimiento*, poco acorde con la idea filosófica de la inmutabilidad de Dios.

En la **segunda lectura** comienza la proclamación de una de las cartas pastorales de san Pablo, la primera a Timoteo. El apóstol es buena muestra de la generosa misericordia de Dios, que le perdonó su pasada vida de perseguidor de la Iglesia y lo convirtió en apóstol.

En el **evangelio** se leen tres parábolas sobre la misericordia de Dios, que son propias del Evangelio según san Lucas, joyas de la literatura universal y autorretratos del corazón de Jesús: misericordia del Padre con los pecadores.

La tres parábolas de la misericordia se exponen ante la actitud cerrada y soberbia de los que rechazan al pecador. Dios siempre acoge.

En las tres se destaca la alegría de Dios por *volver a encontrar*, por la reconciliación de los alejados; en contraste con el descontento de los fariseos. ¿Se consideraban “merecedores” exclusivos del amor de Dios?

En la tercera parábola, el protagonista es el padre, no los hijos, pues el pródigo no es modelo ni de arrepentimiento (se arrepiente por pura hambre, no por amor al padre); y el hermano mayor no sirve al padre con corazón de hijo, sino de esclavo. Los dos se han “perdido” para el padre, que tiene que “salir” al encuentro de uno y otro. La preocupación primordial del Padre es conseguir el retorno del descarriado, y su alegría al recobrarlo es tanto mayor cuanto mayor fue su disgusto al perderlo.

La conducta de Jesús es desconcertante. Para la lógica de los fariseos —y quizás también para la nuestra—, los pecadores han de ser señalados con el dedo, han de ser puestos aparte y despreciados. Sin embargo, Él **«acoge a los pecadores y come con ellos»**. Jesús introduce en el mundo otra lógica. Jesús hace lo que hace el Padre, que actúa así con los pecadores arrepentidos: no aprueba el envilecimiento en que cae el pecador, pero sigue teniendo para él los brazos abiertos, lo acepta y lo comprende más que el pecador a sí mismo. Él nunca considera bueno al pecador. Él no dice que la oveja descarriada no esté descarriada. Lo que hace es, en lugar de rechazarla, ir a buscarla, y cuando la encuentra se llena de alegría, la carga sobre sus hombros, le vendar las heridas, la cuida, la alimenta.... Así es el corazón de Cristo. Su amor vence el mal con el bien. Para llegar hasta rehacer por completo al pecador, hasta

sacarle de su fango y devolverle la dignidad de hijo de Dios.

Lo que ocurre es que en la categoría de pecadores estamos todos. Frente al orgullo altanero y despreciativo de los fariseos, san Pablo afirmaba categóricamente: **«Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, y yo soy el primero»** (2ª lectura). Todos necesitamos ser salvados. Y si no hemos caído más bajo ha sido por pura gracia. Esto no puede ser motivo para el orgullo y el desprecio de los demás, sino para la humildad y el agradecimiento.

En la oración del Señor hay una petición sorprendente, que es el mejor comentario a estas parábolas: pedimos el perdón de Dios, “como nosotros perdonamos”.

Esto nos lleva a tres actitudes fundamentales: **audacia** en la petición; **confianza** en la misericordia divina; **empeño** muy serio de ser como el Padre misericordioso y no como los fariseos.

II. LA FE DE LA IGLESIA

El perdón de Dios en Cristo
(1425 – 1426).

La conversión a Cristo, el nuevo nacimiento por el Bautismo, el don del Espíritu Santo, el Cuerpo y la Sangre de Cristo recibidos como alimento nos han hecho **«santos e inmaculados ante él»** (Ef 1, 4), como la Iglesia misma, esposa de Cristo, es **«santa e inmaculada ante él»** (Ef 5, 27).

«Han sido lavados, han sido santificados, han sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios» (1 Co 6,11). Es preciso **darse cuenta de la grandeza del don de Dios que se nos hace en los sacramentos de la iniciación cristiana** para comprender hasta qué punto **el pecado es algo que no cabe** en aquel que **«se ha revestido de Cristo»** (Ga 3,27).

Sin embargo, **la vida nueva recibida en la iniciación cristiana no suprimió la fragilidad y la debilidad de la naturaleza humana, ni la inclinación al pecado** que la tradición llama concupiscencia. El apóstol S. Juan nos dice: **«Si decimos: ‘no tenemos pecado’, nos engañamos y la verdad no está en nosotros»**. Y el Señor mismo nos enseñó a orar —**«Perdona nuestras ofensas»**— uniendo el perdón mutuo de nuestras ofensas al perdón que Dios concederá a nuestros pecados.

Perdona nuestras ofensas
como también nosotros perdonamos
(2838 – 2845).

Esta petición del Padre Nuestro es sorprendente. Si sólo comprendiera la primera parte de la frase **«perdona nuestras ofensas»**, podría estar incluida, im-

plícitamente, en las tres primeras peticiones de la Oración del Señor, ya que el Sacrificio de Cristo es *«para la remisión de los pecados»*. Pero, según el segundo miembro de la frase —*«como también nosotros perdonamos»*—, **nuestra petición no será escuchada si no hemos respondido antes a una exigencia**. Nuestra petición se dirige al futuro, nuestra respuesta debe haberla precedido; una palabra las une: *“como”*.

Perdona nuestras ofensas...

Con una **audaz confianza** hemos empezado a orar a nuestro Padre. Suplicándole que su Nombre sea santificado, le hemos pedido que seamos cada vez más santificados. Pero, aun revestidos de la vestidura bautismal, no dejamos de pecar, de separarnos de Dios. Ahora, en esta nueva petición, nos volvemos a Él, como el hijo pródigo, y nos reconocemos pecadores ante Él como el publicano.

Nuestra petición empieza con una “confesión” en la que afirmamos, al mismo tiempo, nuestra miseria y su Misericordia. **Nuestra esperanza es firme** porque, en su Hijo, *«tenemos la redención, la remisión de nuestros pecados»*. El signo eficaz e indudable de su perdón lo encontramos en los **sacramentos** de su Iglesia.

Ahora bien, **lo temible es que este desbordamiento de misericordia no puede penetrar en nuestro corazón mientras no hayamos perdonado a los que nos han ofendido**. El Amor, como el Cuerpo de Cristo, es indivisible; no podemos amar a Dios a quien no vemos, si no amamos al hermano a quien vemos. **Al negarse a perdonar a nuestros hermanos, el corazón se cierra, su dureza lo hace impermeable al amor misericordioso del Padre**; en la confesión del propio pecado, el corazón se abre a su gracia.

Esta petición es tan importante que es la única sobre la cual el Señor vuelve y explicita en el Sermón de la Montaña. Esta exigencia crucial del misterio de la Alianza es imposible para el hombre. Pero *«todo es posible para Dios»*.

...como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden

Este “*como*” no es el único en la enseñanza de Jesús: *«sed perfectos ‘como’ es perfecto vuestro Padre celestial»*; *«sed misericordiosos, ‘como’ vuestro Padre es misericordioso»*; *«Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que ‘como’ yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros»*.

Observar el mandamiento del Señor es imposible si se trata de imitar desde fuera el modelo divino. Se trata de una participación, vital y nacida “del fondo del corazón”, en la santidad, en la misericordia, y en el amor de nuestro Dios. **Sólo el Espíritu** que es *«nuestra Vida»* (Gal 5, 25) puede hacer nuestros los mismos sentimientos que hubo en Cristo Jesús. Así, la unidad del perdón se hace posible, *«perdonándonos mutuamente ‘como’ nos perdonó Dios en Cristo»* (Ef 4, 32).

La parábola del siervo sin entrañas, que culmina la enseñanza del Señor sobre la comunión eclesial (cf. Mt 13, 2335), acaba con esta frase: *«Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial si no perdonáis cada uno de corazón a su hermano»*. Allí es, en efecto, en el fondo “del corazón” donde todo se ata y se desata. **No está en nuestra mano no sentir ya la ofensa y olvidarla; pero el corazón que se ofrece al Espíritu Santo cambia la herida en compasión y purifica la memoria transformando la ofensa en intercesión**.

La oración cristiana llega hasta el perdón de los **enemigos**. Transfigura al discípulo configurándolo con su Maestro. **El perdón es la cumbre de la oración cristiana**; el don de la oración no puede recibirse más que en un corazón acorde con la compasión divina. Además, el perdón da testimonio de que, en nuestro mundo, el amor es más fuerte que el pecado. Los mártires de ayer y de hoy dan este testimonio de Jesús. El perdón es la condición fundamental de la reconciliación de los hijos de Dios con su Padre y de los hombres entre sí.

No hay límite ni medida en este perdón, esencialmente divino. Si se trata de ofensas (de “pecados” según Lc 11, 4, o de “deudas” según Mt 6, 12), de hecho nosotros **somos siempre deudores**: *«con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor»* (Rm 13, 8).

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

«Dios no acepta el sacrificio de los que provocan la desunión, los despide del altar para que antes se reconcilien con sus hermanos: Dios quiere ser pacificado con oraciones de paz. La obligación más bella para Dios es nuestra paz, nuestra concordia, la unidad en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de todo el pueblo fiel» (San Cipriano).

IV. LA ORACIÓN CRISTIANA

Hoy que sé que mi vida es un desierto, en el que nunca nacerá una flor, vengo a pedirte, Cristo jardinero, por el desierto de mi corazón

Para que nunca la amargura sea en mi vida más fuerte que el amor, pon, Señor, una fuente de alegría en el desierto de mi corazón

Para que nunca ahoguen los fracasos mis ansias de seguir siempre tu voz, pon, Señor, una fuente de esperanza en el desierto de mi corazón

Para nunca busque recompensa al dar mi mano o al pedir perdón, pon, Señor, una fuente de amor puro en el desierto de mi corazón

Para que no me busque a mí cuando te busco y no sea egoísta mi oración, pon tu cuerpo, Señor, y tu palabra en el desierto de mi corazón.

Amén.